

Anexo Cuatro

Teresita de Lisieux, la grandeza de lo pequeño



Si algo caracteriza a esta santa es que no se conformó con un poco, quiso todo el Amor del Señor para transmitirlo a los hombres. El P. Kolvenbach, superior general de los Jesuitas expresó que el Apostolado de la Oración se beneficiaría recorriendo el camino de Santa Teresa de Lisieux, **“hecho de oración, caridad, humildad y sencillez evangélica ofreciéndose cada día en el Corazón de la Iglesia por la vida del mundo”**.

Ella quiso **“ser hija de la Iglesia y orar por las intenciones del Santo Padre, sabiendo que sus intenciones abrazan el universo”**, precisamente por esto sigue hoy colaborando más que nunca en esta Red de Oración del Papa por la misión de la Iglesia. Esta santa a los 12 años ya participaba con sus padres, del Apostolado de la Oración, que antes de la creación de la Cruzada Eucarística, era lo más cercano a ser miembro del Movimiento Eucarístico Juvenil, la rama juvenil de la Red Mundial de Oración del Papa.

En una de sus cartas santa Teresita expresó que rezaba por la misión de la Iglesia y las intenciones de Oración del Santo Padre. Como miembro del Apostolado de la Oración, vivía profundamente su espiritualidad, que apunta a hacer propios los gestos de compasión del Corazón de Cristo, que sale al encuentro del que sufre, curando sus heridas, rescatando a quienes **“están tirados en las cunetas de la existencia”**.

La compasión de Jesús al servicio de los desafíos de la humanidad, vividos en la ofrenda cotidiana de su vida, lejos de toda mirada, fue lo que supo encarnar Teresa del Niño Jesús: **«Entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno. Entonces, llena de una alegría desbordante, exclamé: ‘Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado»**.

Teresita era consciente de que si vivía lo ordinario de forma extraordinaria, sería tan misionera como aquel que estaba en países lejanos entregando su vida. Ella no quería dar puntada sin hilo, deseaba que 'el martirio de la vida cotidiana' no fuera en vano y sirviera para colaborar en la misión de Cristo y de su iglesia en favor de los desafíos de la humanidad. **«Jesús no mira tanto la grandeza de las obras, ni siquiera su dificultad, sino el amor con que tales obras se hacen»**, de esta manera estaba siempre vuelta a Dios y a quienes estaban a su lado, en quienes veía el rostro de Cristo. El Amor del corazón de Jesús la impulsó a vivir la espiritualidad de lo pequeño de cada día de forma grande, a través de gestos visibles o invisibles traducidos en la ofrenda de su vida, la oración y la acción. Su Amor traspasó las paredes de su monasterio y se extendió universalmente, atravesando aun las barreras del espacio y del tiempo. Por ello fue nombrada patrona de las misiones y más tarde de la Red Mundial de Oración del Papa en favor de los desafíos de la humanidad.

Si hay alguien que nos precede en este camino del corazón que estamos llamados a recorrer, es la **'Pequeña Gran Teresa'**, que nos invita hoy a continuar saliendo de 'la globalización de la indiferencia' para llevar al mundo entero la fuerza sanadora y salvadora del Corazón del Resucitado, sin necesidad de viajar mucho, por el contrario, allí donde Dios nos colocó. A ella nos encomendamos para vivir esta misión.

